

un golpe en la sien, con el cual cayó en tierra sin sentido. Al ruido acudió un mozo español, llamado Domingo, y abrazándose estrechamente con Curuzaba, procuró embarazarle para que no repitiera el golpe. Empero entrando dentro todos los indios que rodeaban la casa, atravesaron a lanzadas, primero al P. Real, y después a su buen servidor Domingo. A consecuencia de este crimen atroz se dispersó gran parte del pueblo, que no volvió a restaurarse en mucho tiempo (1).

En el mismo 1745 aconteció un hecho, de poca importancia al parecer, pero que merece recuerdo por el buen testimonio que nos ha dejado del celo de nuestros Padres (2). Por real cédula de 2 de Diciembre de 1742 había encargado Felipe V al Obispo de Quito, que enviase un Visitador eclesiástico a informarse del estado de las misiones que había en los extensos territorios de la Audiencia de Quito. Deseaba conocer Su Majestad el estado de las misiones, el número de pueblos fundados entre los salvajes y la necesidad que hubiese de nuevos operarios y de los demás socorros que pudiera suministrar el Estado. Obedeciendo a esta cédula, el señor Obispo nombró por Visitador de las misiones al Dr. D. Diego de Riofrío y Peralta, párroco de Santa Bárbara en Quito. Apenas se divulgó esta comisión opusieron a ella los franciscanos, alegando tener privilegios antiguos, para que no fuesen visitadas sus misiones sino por religiosos de su Orden. No se admitió en la Audiencia esta representación. El Dr. Riofrío partió para su visita a fines de 1744.

(1) Véase la extensa relación de este suceso en el P. Chantre, *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español*, l. VIII, c. 9. El pone el hecho en 1744. Corregimos esta fecha por el *Informe* del doctor Riofrío, que visitó el sitio poco después y señala el 9 de Enero de 1745.

(2) Todos los datos que siguen sobre la visita del doctor Riofrío, los tomamos del *Informe* que él mismo imprimió poco después en Madrid y dedicó al Rey, con este título: *Informe que en virtud de poderes e instrucciones del Rdo. Obispo de Quito, hace a V. Majestad el D.º D. Diego de Riofrío y Peralta, Cura de la Parroquial de Santa Bárbara de dicha ciudad y Visitador nombrado en consecuencia de reales cédulas de V. Maj. de las provincias de los Quixos, Sucumbios, del gran Río de las Amazonas y del Putumayo, para el reconocimiento de sus misiones y otros encargos. Expone lo que sobre ellos ha reconocido, el número y nombre de los pueblos de misiones establecidos, su actual consistencia en misioneros, vecindarios y número de almas convertidas, sus costumbres y otras noticias útiles*. Está fechada en Madrid a 11 de Junio de 1746.

Empezó por Papallacta, pueblo que dista 15 leguas de Quito y constaba de 21 vecinos. «Su cura, dice el Dr. Riofrío en su informe, era el P. Juan de Ribera, del Orden de Predicadores, y habiéndole mandado llamar, no compareció, por estar en Quito, donde me informaron residía continuamente, y que sólo venía a su curato, por cortísimo tiempo una vez al año. Esto no obstante, visitó la iglesia, que halló ser de paja, y sus ornamentos indecentes. Los libros de bautismos, matrimonios y entierros, no registró, por haberlos dejado el cura encerrados en el sagrario; y habiendo oído de confesión a los indios capaces y exhortándolos a todos a conservar nuestra santa fe, pasó al pueblo inmediato. Este llamado Maspá y otro que se decía Baeza, eran anejos de Papallacta. Ambos tenían unas pobres capillas de paja indecentísimas y desamparadas. De aquí pasó al curato de Avila, 80 leguas de Quito, que por enfermedad del cura propio, era servido por un sacerdote ejemplar, llamado D. Joaquín Pérez Guerrero. Todo se hallaba en muy buen estado y acreditaba la diligencia y celo apostólico de D. Joaquín.

Tras esto debiera visitar el Dr. Riofrío las misiones de los franciscanos, pero observando la fuerte oposición que hacían estos religiosos a su visita, encomendó este cuidado al cura de Avila, que lo podía hacer sin peligro, y atravesando rápidamente la provincia de Quijos, donde había seis pueblos administrados por el clero secular, entró en el territorio de las misiones jesuíticas. Como él mismo lo dice poco después, ocupan estas misiones un extenso territorio que se dilata más de 200 leguas de Occidente a Oriente, siendo sus extremos la ciudad de Borja al Oeste y San Ignacio de los Pevas al Oriente a orillas del Marañón, tocando con el Brasil. La anchura de Norte a Sur, será de unas 120 leguas. Empezó la visita, como era natural, por el curato de Archidona. Estaba a cargo del P. Crespo, excelente religioso que lo tenía todo en muy buen estado. De allí se encaminó al Napo, donde tomando algunas canoas, fué bajando hacia el Marañón. A las 60 leguas de camino, tocó en el pueblo de San Miguel de Siecoya, hallólo desamparado y todas sus chozas quemadas. Salió a tierra y registrando la comarca encontró vestigios de una hoguera y en ella huesos de dos personas, una escribanía descerrajada, dispersos varios papeles y al lado de la hoguera algunos pedazos de sotana. Ya tenía noticia de la muerte del P. Francisco Real, y no dudó que aquellos eran restos del

venerable mártir. Adelantándose a la siguiente misión de San José de Guayoya, encontré con el P. Joaquín Piedragrasa, quien le explicó el martirio del P. Real a quien habían sacrificado los indios el 9 de Enero del mismo año 1745.

Uno por uno fué recorriendo todos nuestros pueblos, y en dos de ellos hallé que hacían oficio de misioneros dos Hermanos coadjutores, Salvador Sánchez y Juan Herráez. El Dr. Riofrío quedó tan prendado de la virtud y buen juicio del H. Salvador Sánchez, que escribió al Obispo de Quito, rogándole que ordenase de sacerdote a un hombre que poseía tan buenas cualidades para misionero. Aunque a todos los misioneros tributa algún elogio o al menos no les pone ninguna tacha el Visitador, merece referirse la breve alabanza que escribe del P. Widman. «En San Joaquín de la gran Omagua se hallaba por misionero el P. Adan Widman, sujeto de tan grande espíritu como fortaleza. Su iglesia era sin competencia la más decente de todas las que hasta allí había visitado. Adornábase de varias pinturas dibujadas por el propio misionero, que representaban los principales misterios de nuestra fe y los novísimos, y las orlaban diversas flores y otros naturales vistosos atavíos. Los ornamentos para celebrar aseados, los libros de iglesia corrientes y todos los feligreses tan bien cultivados e instruidos, que pudieran desconocerse a las puertas de Quito.»

No seguiremos refiriendo lo que nos dice el Visitador de cada uno de los pueblos. Nos bastará manifestar la impresión final que causaron en su ánimo y expresa él mismo con estas palabras: «Todas las misiones de la provincia de Mainas están a cargo de la sagrada religión de la Compañía; y según el gran fruto que han hecho y hacen los pocos operarios que tienen, puede decirse, que si se enviase misioneros y dones correspondientes al abasto de la provincia, estarían prontamente reducidas muchas de sus naciones, tanto por el especial carácter de los jesuitas para este ministerio, cuanto por haberse manifestado estos indios más dóciles que otros.» Laméntase después del poco favor que hallan los jesuitas en los gobernadores de Borja. Esta ciudad se halla muy decaída y sus gobernadores suelen residir fuera de su jurisdicción. Cuando llegó Riofrío, ya hacía dos años que no tenían gobernador, por lo cual a propuesta de los jesuitas, la Audiencia de Quito había nombrado Alcalde o Justicia Mayor, a un español vecino de Borja.

Como término de su visita, presenta el Dr. Riofrío una minu-

ciosa estadística de todos nuestros pueblos, indicando el misionero de cada uno y la población de cristianos y catecúmenos, subdividida en las diversas clases de casados, viudos, niños, etc. La suma total da de sí que los pueblos son 41, los misioneros 18, los catecúmenos 2.939, los cristianos 9.970. A continuación expresa el Dr. Riofrío las naciones de indios convertidos o sin convertir de que ha tenido más o menos noticia, indicando poco más o menos la situación topográfica en que se hallan a orillas de los ríos. Es un catálogo de 75 nombres bastante peregrinos que no creemos necesario reproducir.

Salió de nuestras misiones por el Oriente encaminándose Marañón abajo hasta el Pará, donde se embarcó para España. Al llegar a la desembocadura del Putumayo hallóse con el cura de Avila, D. Joaquín Pérez Guerrero, que habiendo visitado las misiones de los franciscanos, le entregó todos los papeles relativos a su visita. He aquí el resumen que nos da de ello el Dr. Riofrío: «Por información que recibió el dicho cura de Avila, se justifica que la referida religión seráfica no tiene en dichos países más que cinco pueblos de misión y no veintiuno, como publicaban, para cuyo ministerio tenían seis misioneros y de ellos un religioso lego (que habiendo dispuesto retirarse por hallarse enfermo, acompañó a dicho cura en su viaje y murió en él) y que los dichos cinco pueblos contendrían en todos quinientas almas.»

Desde 1745 no vemos variación ninguna en el curso de estas misiones, y sólo advertimos que va progresando algún tanto en el número de los neófitos. Entran en estas misiones algunos nuevos y valientes operarios que hacen prodigios de celo en medio de peligros, privaciones, enfermedades y padecimientos increíbles (1). El P. Manuel Uriarte, nacido en Vitoria, se distinguió desde 1750 por su actividad apostólica y estuvo a pique de perder la vida a manos de un indio perverso que le descargó un hachazo en la cabeza y le causó una herida dolorosa. En cambio fué completo el sacrificio del P. José Casado, que expiró en 1754. Había entrado en las misiones tres años antes, y desde el principio se le vió trabajar sin descanso con una piedad y celo ejemplar; cuidaba del pueblo San Ignacio de los Pevas y observó en 1754 que vivía mal un indio llamado Rafael. Procuró convertirle al buen camino, y el teniente de Omaguas deseando apoyar la

(1) Véase la Historia citada del P. Chantre en los libros IX y X.

acción benéfica del Padre, castigó públicamente con algunos azotes al perverso amancebado. Endurecióse más este infeliz y determinó acabar con el misionero. Un domingo observó el P. Casado que faltaron a misa Rafael y un hermano suyo. Salió en compañía de dos fiscales a buscarle en los bosques. Al ir atravesando uno tras otro cierta senda muy estrecha, Rafael y su hermano que estaban esperando el golpe, acometieron por ambos lados al Padre y le atravesaron con sus lanzas. Los fiscales que habían huido llenos de pavor avisaron de la desgracia al teniente de Omaguas, el cual recogió el cadáver del mártir y lo sepultó en la iglesia del pueblo (1).

No seguiremos explicando otros pormenores de estas misiones, que el lector podrá ver en la obra otras veces citada del Padre José Chantre y Herrera. Cerraremos este capítulo con la noticia del último catálogo que hemos visto de estas misiones y fué hecho en 1762. Los pueblos son treinta y cinco, los misioneros veinticuatro y el número de los indios cristianos *catorce mil doscientos treinta y seis*. Es el número más alto a que subieron jamás las misiones del Maraón (2).

(1) Chantre, l. X, c. I.

(2) Por vía de apéndice debemos añadir, que a mediados del siglo XVIII intentó la provincia de Quito fundar una misión en el Darién. Como pertenecía a esta provincia el colegio de Panamá, debieron extenderse los Padres quiteños desde ese colegio a esta región que hoy forma el extremo meridional del nuevo estado de Panamá. En el catálogo de 1749 figura entre los domicilios de la provincia de Quito la misión del Darién. Hemos visto dos informes sobre esta misión, uno del P. Walburger y otro del conocido P. Maroni. Ambos misioneros convienen en creer moralmente imposible la conversión de aquellos indios. El P. Maroni en su informe de 29 de Noviembre de 1750, dice que los salvajes del Darién serán como cuatro mil. Han descendido al último extremo de la abyección. Son muy dados a la embriaguez y en público se entregan a todos los actos imaginables de lujuria. Es corriente entre ellos el infanticidio y el enterrar vivos a los viejos y enfermos. Odian de muerte a los españoles. El P. Walburger y él les han procurado enseñar las verdades de la fe; pero no han conseguido nada. Ni siquiera tienen el consuelo de bautizar a los niños, porque los ocultan sus madres para que no los bauticen. En catorce meses sólo ha conseguido el P. Maroni bautizar un niño. Los hechiceros han difundido entre los indios un odio terrible a la religión, que miran como cosa de españoles. En fin no aparece en aquellos salvajes ninguna buena cualidad, de que pueda uno aprovecharse para traerlos a la fe. Aquello no tiene humanamente remedio. Después de trabajar unos cuatro años en aquel país, se abandonó la misión que ya no figura en un catálogo que hemos visto del año 1753.

CAPITULO VIII

LA COMPAÑÍA EN NUEVA GRANADA DE 1705 A 1758

SUMARIO: 1. Aumento de la provincia en domicilios y en sujetos.—2. Espíritu y observancia regular.—3. Estudios.—4. Ministerios apostólicos.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Cartas de Padres Generales.—2. Varios catálogos de la Compañía.—3. *Status rerum provinciae Novi Regni Granatensis*.—4. Cédulas reales y otros documentos del Archivo de Indias.

1. Como en el siglo anterior, así también en el XVIII la provincia de Nueva Granada, o como entonces se decía, del Nuevo Reino de Granada, fué la más pequeña y reducida de todas nuestras provincias americanas, aunque el territorio a que se extendía su acción fuese tal vez más vasto que el de algunas otras. Dilatábase esta provincia en casi todo el terreno que ahora forman los dos estados de Colombia y Venezuela y además se había establecido en la isla de Santo Domingo. Consultando el catálogo de 1710, hallamos que todo su personal se reducía a 149 sujetos. Sus domicilios eran catorce; pero cuatro de ellos más que domicilios debían llamarse territorios cultivados espiritualmente por nuestros Padres. Desde fines del siglo XVI, apuntó en la provincia de Méjico la costumbre de designar ciertas misiones por el nombre de la provincia en que se habían establecido, sin determinar residencia o colegio particular, porque propiamente no los había. Los misioneros se acomodaban donde podían y durante largos años trabajaban por consolidar algún pueblecito de salvajes que fácilmente desaparecía.

Para designar este género de domicilios se empezó a usar en Méjico el nombre vago de misiones, sin precisar los domicilios particulares en que residían los misioneros. Esta costumbre fué adoptada por las otras provincias de América. En el catálogo, pues, de 1710, hallamos indicadas estas misiones en la provincia de Nueva Granada: *Casanarenses Residentiae*, es decir, los misioneros que evangelizaban a orillas del Casanare. *Famenses Re-*